

perdida en la sombra de los tiempos. Las paralelas se unen en el infinito pasado temporal. La oralidad construye y reconstruye el evento.

Después, los varones no cambiaron ya más la forma de sus cuerpos, pero sí su forma de vivir⁷². Y nacieron los primeros machos concebidos por mujeres.

En el relato, el carancho vuelve a hablar pero eso ya ni significa siquiera una correlación temporal. Puede tratarse de una correlación literaria. Porque les dice que el fuego que se les quitó a las mujeres y que cambió el curso de la existencia de los varones, hay que guardarlo bien porque es muy escaso⁷³. Con seguridad los tobas aún no eran sedentarios, sino que estaban en proceso de serlo. No sabían hacer el fuego, sino apenas conservarlo. Aparece así un mito primigenio y una ritualidad vinculada a él. Los largos siglos de conservación del fuego tienen que haber dejado profundas huellas. Erróneas estimaciones sobre la forma y mecanismos para mantenerlo. Desesperación y búsqueda de razones fetichistas. «Por eso cuando había alguna noticia de alguna mujer u hombre caníbal», el carancho buscaba la manera de eliminarlo. Era encargado de liquidar a los «monstruos». Comer carne humana cruda recordaba a la vagina de la mujer, es decir a los tiempos cuando los hombres no tenían fuego. En esos tiempos pudo haber existido además el canibalismo. Ahora una sola imagen mítica sintetizaba todos estos procesos. El repudio moral a comer carne humana, quedaba asociado al repudio de la mujer, que comía carne humana con su vagina, y ambos al culto de la perduración del fuego. De los dos repudios dependía la conservación. La mujer que había traído el fuego, según el primer relato de presumible origen femenino, ahora y según el último, masculino, podía ser la causa de su desaparición. Todo canibalismo primitivo, convertido en tabú, quedaba asociado a la mujer. El mito se reconstruía sobre las ruinas de un poder, y dejaba constancia a cada momento y en todo lugar, que ese poder no retornaría jamás, porque para eso existía él mismo como mito. El culto del fuego se transformaba en el oprobio a la mujer. Toda catástrofe era asociada a su culpa. El carancho —y no el zorro— fue convertido en sacrificador, es decir en sacerdote. El que cortó la sogá y rompió los dientes de la boca-vagina, ahora se encargaba de los sacrificios. El ser más inquietante y por momentos despreciable de los machos, pasaba a reunir un poder exagerado con el que decidiría sobre la vida y la muerte de la tribu, pero ante todo de sus mujeres. No es un poder clánico, es un poder de los varones del clan. Basado en el miedo y en el azoramiento, trata del ser creado por el estadio del saber de las fuentes sociales y naturales. El carancho, la primera manifestación de hechicería en el seno del clan, tiene una estética y una moral indefinibles, sustitutivas, resbaladizas.

⁷² Idem, 43.

⁷³ Idem, 44.

Aparecida la imagen del hechicero, se construye la imagen del temor al poder institucional. Se le reconoce por una fuerza especial, que otros no tienen; es respetado casi en forma religiosa, pero difícilmente amado. Pasado a ser «poderoso»⁷⁴, su vestidura se vuelve diferente: ostenta ahora un poncho de colores. Protege a la gente.

Encargado de fortalecer supersticiones o de crearlas, en la segunda división social operada entre los tobas, el trabajo manual se escinde del intelectual a un nivel de extrema pobreza productiva. Fuego, sexo y pánico, herramientas de dominación. El carancho, el más hediondo de los animales, representa la usurpación de los tres. Pero necesita del respeto que la comuna guarda por Tuyango. Unido al cacique, el poder de ambos crecería. No hay en la narración oral, sin embargo, ningún indicio de que Tuyango decida acercarse al carancho. Pero cela al zorro, la tercera figura central. El carancho es un augur; observa los objetos exteriores y saca de allí una interpretación sistémica, luego dogmática de los fenómenos específicos. Figura solitaria, sin embargo no es vidente, porque esta función está reservada a figuras borrosas (el que recibió el mensaje de un incendio, una palomita que orientó a unos niños perdidos). El vidente tiene una comunión con los espíritus, y ello lo consigue mediante intuición propia⁷⁵. Predice las catástrofes. Pero el carancho es un anticipo del hechicero. Su autoridad está realzada por símbolos y emblemas, como el lenguaje, el vestido, instrumentos. En este caso, un poncho de colores. Transeúnte, permanentemente busca datos en la Naturaleza, tiene su auditorio y es el primero en profesionalizarse en esta protohistoria toba. Pero su autoridad depende de su éxito profesional, de que colme las esperanzas de su clientela⁷⁶. No hay trances ni éxtasis. Entre los chorotes se considera al carancho como el dador de las redes y técnicas de pesca⁷⁷. El principio de la técnica se constituye entre fuerzas de un origen más misterioso que las humanas.

IV. La antipoesía de los golpes de carencias, hambre y canibalismo

La menstruación, de la que se habla en el relato⁷⁸, ¿formará parte del antiguo estigma, de cuando las mujeres comían carne humana? De ser así, no sólo el mito sobre la conservación del fuego las marcará a cada momento, sino también la propia menstruación, y hasta es posible que el proceso interno de elaboración del mito y luego del propio relato, haya empezado de aquí para atrás. La menstruación, la sangre, la imposibilidad

⁷⁴ Togueshic..., op. cit., 44

⁷⁵ Joachim Wach: *Sociología de la Religión* (1994). México, Fondo de Cultura Económica, 1946, 507-508.

⁷⁶ Idem, 511-512.

⁷⁷ Mashnshnek, «Mitología...», 36.

⁷⁸ Togueshic..., 44.

del uso sexual, constituida en motivo para la construcción de la narración, y de los símbolos por los que debía expresarse la operación del relato histórico. Si a la imposibilidad sexual y a la sangre se le colocan dientes, queda armada la iconografía de la mujer anterior a los hombres. Los hombres, al romperle los dientes, le dieron sexualidad. El sexo de la mujer les pertenece. Como un atavismo de aquella lejana época, se mantiene el período femenino. Pero, en todo caso, es el atavismo necesario para hacer recordar que en la mujer se conserva la cuasianimalidad, en el peor de los casos sobrevive un victimario, y que la propia existencia depende de que el varón y sus hechiceros sepan controlarla. El discurso se modifica totalmente. La mujer ya no ríe. El carancho usa un poncho de colores que nadie tiene, y es una gran figura a la que todos respetan y que, por lo mismo da nueva dirección de sentido a su nombre. Mientras todas las mujeres quedan adheridas a la imagen ordinaria de la palometa, el carancho no es todos los varones, sino uno solo, que por lo demás, viste el mejor poncho, y está rodeado por el respeto y la admiración de todos. La Historia toba acaba de comenzar: un intento de ordenación, la representación abstracta de organismos fisiológicos y psicológicos adaptados a la vida de un entorno estable.

La redundancia de la imagen del carancho tiene a su cargo explicitar y ampliar la disyunción de la mujer. Introducir su olvido en el relato. Desarticlar la narración. Entre los primeros tobas debió existir el canibalismo. Ellos estaban condicionados por la inestabilidad de las fuentes de alimentación. Pero si el canibalismo tuviese un carácter intenso y difundido, es dudoso que hubiese sido posible la sobrevivencia de la tribu. Tankí es un personaje con forma humana, protector entre los tobas occidentales, que entre las cosas que había hecho es la de dar muerte a un conjunto de caníbales brujos que en el tiempo arcaico asolaban caminos y aldeas⁷⁹. El canibalismo sin embargo, estaba todavía permitido con los miembros de las hordas extrañas. Cabría otra posibilidad, que la diferencia entre los varones en poder de los alimentos, y las mujeres en poder del fuego, prolongase una desigualdad manifiesta en el reparto de nutrientes. De ocurrir ello, las mujeres se veían obligadas continuamente a robar comida a los varones, para sí y para los párvulos, y a veces a recurrir al canibalismo con los muertos. El deseo de los alimentos anulaba todo otro deseo. El varón satisfecho, incluso a veces inmediatamente al borde del río, no entiende por qué su líbido es rechazado cuando la mujer tiene hambre. La vagina de la mujer se le aparece como una doble realidad: boca y sexo; deseo de alimentos y se cierra la vagina; deseo sexual y se cierra la boca. En condiciones de desórdenes naturales, cuando la estrategia trófica de sacar el máximo provecho de los alimentos pasaba del límite, y se entraba

⁷⁹ Alfredo Tomasini: «Algunos elementos de la Mitología de los Toba de Occidente». En Grupos Aborígenes..., 40-50.

en los círculos del hambre, podían aparecer nuevas representaciones, un imaginario del parasitismo. Una relación entre poblaciones de machos y de hembras, por la que una se nutre de la otra sin que por ello muera la presa. Para los machos la vagina con dientes ocuparía también ese lugar simbólico.

Según el testimonio de los exploradores, las mujeres de las comunidades más arcaicas se distinguían por su modestia y pudor, rechazando con dignidad a los colonizadores que trataban de corromper con dádivas a las mujeres hambrientas, para inclinarlas a la prostitución⁸⁰. «Mucho tiempo después de estos sucesos, apareció una mujer canibal. Pero aquellas gentes lucharon contra ella hasta que la vencieron echándola a un fuego»⁸¹. Llegó

una época de hambre después de una lluvia larguísima con temporales venidos desde el Sur y oscuridad. Empezaron a crecerles a todos dientes tan filosos como de palometas. Los que tenían varios hijos se los comían hasta consumírseles a todos. Cuando un adulto quedaba vencido por el sueño, se arrojaban sobre él y se lo devoraban. Una anciana vidente, anticipó, por lo liviano que pisaba su mortero, que la época de las frutas llegaba. Salieron los rayos del sol y maduraron las frutas de los árboles. Todos estaban flacos. Cuando comenzaron a comer las chauchas de la algarroba, vomitaban la carne humana que habían comido. Después empezaron a separarse en campamentos, y volvieron a crecer en número⁸².

La imagen es muy vívida. La sociedad de cazadores-recolectores no soporta una catástrofe ambiental. La biomasa, o masa total de organismos en un espacio determinado, se reducía formidablemente. La biodiversidad se estrechaba por algún cambio climático tremebundo. El número de especies animales y su abundancia relativa sufrían descensos bruscos. El canibalismo volvió a aparecer. Los que quedaron estaban delgadísimos. No había sexo con las hembras. Un universo antipoético, el de los golpes fisicoquímicos del hambre. Cuando volvieron a dar frutos los árboles, se llenaron de comida y eso generó las reacciones de los organismos ante los excesos de alimentos ingeridos. Pero la tribu necesitaba hallar otra respuesta al fenómeno. La causalidad estaría en el núcleo comensal de la carne humana. Era imprescindible transformar en un tabú el canibalismo sobre viejos, enfermos y niños cuando los recursos alimenticios faltasen⁸³. El canibalismo constituía un enorme freno al desarrollo y consolidación de la organización social. Se necesitaba destruirlo para siempre. *Si se come carne humana habrá hambre*. La instalación del mito de la menstruación-boca-vagina, recordaba una y otra vez lo que no debería ocurrir más en la sociedad arcaica: el control de la mujer y el canibalismo. Entre los matacos, las mujeres menstruantes no pueden entrar en los cultivos, porque ello hará infaliblemente perder la cosecha⁸⁴.

⁸⁰ Ling H. Roth: *Aborigines of Tasmania, Halifax, 1899, 45-47.*

⁸¹ Togheshic..., op. cit., 48.

⁸² Idem, 50-51. «Chaucha»: vaina.

⁸³ Alexander Spirkin: *El Origen de la Conciencia Humana (1960). Buenos Aires, Editoriales Platina/ Stilcograf, 1963, 194.*

⁸⁴ Celia Mashnshnek: «Mitología...», 39.